



Carlos Morla Lynch

El Mercurio. A.I.-1969
143

El día tenía que llegar en que se interrumpiera el diario de Carlos Morla. Comenzado en la época lejána de su primera juventud, este diario, este amigo de papel, destinado a acompañarle tantos años por el ancho mundo, lo acompañó en incontables peregrinaciones, como otro viajero, negro sobre blanco, a través de tantas insalvables que iban siguiendo su destino.

Sus páginas acumuladas en cuadernos y cuadercos, prontas volutamente a ser guardadas, que abusiones de alegría pueril en los prismas, res, cuántas quijadas, multitud de letras bondadosas en los siguientes y, después, al azar de las misteriosas diplomáticas que le llevaron, del brazo de su padre en los años de adolescencia, luego en las que el mismo sirvió, tradicionalmente, hasta ahora con sus claros ojos de bondad revolviendo con una trística forma de resignación hacia las etapas del sendero recorrido.

Morla Lynch debe contar entre los ciudadanos más singulares que ha producido Chile. Ningún modelo convencional lo concierne.

Partió un tiempo luego de varias distancias prevale de una curiosidad y una potencia observadora cuyo frenar no se agotaba. Todo despertaba su interés. Podía hallarse al paso de Chorrillos en una atmósfera internacional en Ginebra, pero, al tiempo que anotaba la acción, el gusto, la moneda fugaz del primer, lo suyo se perdía al momento detalle pátente a múltiples con que la pequeña historia cubría y humaniza la obra.

La vacante retorcida y los relámpagos del protocolo se consiguieron estrechar su espíritu al limitar la profesión intente, a veces fulminante, con que traspasaba las apariencias.

Así en París, desde París y al que volvería, en la madurez, como jefe de Embajada, más particular que De Gaulle, como en Washington, en Tokio o en Madrid, teatro de sus batallas y estrategias durante el heroico período de la guerra, obra del cual resta de morir.

En diario y en vida día junto la vuelta a la tierra.

Las primeras luces que reflejan al público de sus observaciones prodigiosas datan de 1900, cuando se tuvo primer contacto el extranjero.

Imposible olvidar los episodios de esas páginas a quienes las leyeran, aun después de más de medio siglo; menos aun a los que hicieron la muerte de silencio.

Narraba incomparablemente.

El auditorio podía estar travieso de emoción, el estupefacción de sorpresa o gracia de algaría de sus visiones en palabra serena imperturbable y su fluencia no se alteraba, como si hablara para sí mismo, que es la gran manera de hablar.

No se si es así o otro libro — "El Año del Centenario" — o tal vez en ninguno, porque la escasa data de fecha posterior a unaríamos si ha sido publicada, recordamos la llegada de Monsiher Sibilla, el peregrino Informante de Su Santidad. Venimos todavía en la Estación Central, al aparecer la figura del prelado italiano, bajar de pronto la concurrencia que lo esperaba al povero desmentido de recibos. Necesario un cruce en tierra de conquista. Cuando al avanzar por la Alameda, una muchachita avistada lo seguía, creyéndola poseída de fervor apostólico, quise el corral de la Santa Sede en laja y esta, inmediatamente arrebatada por manos ágiles, empezó a danzar sobre una tela recostada, a la que luego con costuras de enredamientos. Era un universitario sublevado contra el que, supuestas, venía a llevar los trozos de Chile para Roma. El choque hizo perder la cabeza al prelado. Jugándose ahora en un país de locos, se abate, se hunde, se hunde terrible al uso de los alientos. Sólo tenía fuerza para gritar al pueblo que acatara. No, hundiéndose los monstruosos al fondo — 1. 2. 3. —

No se completaría mirándose y estudiándose, participando en análisis íntimo entre los lectores. El "yo es aborrecible" del filósofo lo llevaba en la sangre, lo había recibido del ambiente familiar. Su diario era "un trozo que pasa por un rascón", pero él se terminaba, pero para examinarlo; lo interesaba más el prójimo, lo divertía y emocionaba el espectáculo humano y sus mismos insostenibles que consideraba con simpatía, a veces con ironía, siempre a una luz diáfana.

En ahí el objetivo singular que despertaba en tanto y su presencia. Parecía como amante. El mismo advertía algo de que se caía de más cuando le proporcionó muchas cosas; a nada se le quería defender de una lentitud que veía flotar en la atmósfera, embalsamado.

No equivocaba, sin embargo, la acción personal directa y hasta herida si lo esperaba el momento, como lo prueba su conducta en Madrid al orden la caída revolucionaria, y con certeza la Embajada de Chile en un vasto país en el refugio de todos, un punto a que cualquiera se podía ir con seguridad. Allí demostró también el íntimo tacto que ejercía en materias de fondo y como el diplomático, hijo de diplomático, sí, navegar en las corrientes europeas, portando los avales. El documento que presentó a la Comisión sobre un período de su misión europea era el de los más originales que guardan los archivos del Ministerio y merece figurar entre sus piezas históricas, honrosas para nuestro carácter nacional.

Dentro del territorio literario, cuenta en la misma línea el libro que retrata de sus recuerdos íntimos, recogidos a su amistad con García Lorca. No se puede olvidar la biografía del gran bohemio que deseno una época de España, del gitano genial y multicolor, tan en testimonio de guerras adentro que lo muestra día a día, caprichosa, infantil, irreverente, delado de una seducción en su aparente ingenuidad, como a la del cronista que ha sucedido y detallando con una historia, no en parte. La obra capital de Marcelino Amador se mira de esa fuente y lo reconoce. La personalidad de Carlos Morla y de su esposa Iratzen allí y hacen al lector chileno sentirse orgulloso de esa pareja única, irrefutable, digna del ambiente europeo más refinado y en que la imagen de nuestra clase alta se reconoce.

Nunca en él, en ellos, la nota de amor que se suele suponer en las esteras patológicas.

El ojo investigador y agudo que se clavaba en los personajes internacionales, directores de países, se detiene con una prodigiosa honrada de afeto al dirigirse a los humildes, entre los que hay con rasgos ligeros, líneas de gracia, figuras esqueléticas que no se pueden olvidar. Uno y otros sufrían sin saber la transición de una alma con algo de primitivo y majas que los hacía sentir en confianza; así los políticos y artistas respetados al hijo de una señora que está en el Luxemburgo, culpado por todos, como los estirados servidores de la Embajada, dominados por su bondad, le presentaban datos y algunos acompañó la soledad de sus años paternos, cuando habían estado el brío de una existencia costosa y las ventajas que su amor ya no les podía proporcionar.

Tan cierta es que la generosidad despertaba la generosidad y el amor atrae el amor.

El que Carlos Morla tenía por la humanidad debe relacionarse, para explicarse, con el espíritu de su familia, también fuera de la órbita terrestre y en comunicación natural, volutaria, con los fuerzas invisibles. No hay para ella esa terrible división, ese silencio que separa los vivos de los que retraron los ojos para siempre. Los vivos continúan vibrando y esa misma palabra "siempre" se adhiere en

Carlos Morla Lynch [artículo] H.D.A.

Libros y documentos

AUTORÍA

H.D.A.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Carlos Morla Lynch [artículo] H.D.A.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile